

| | | | | | |
|------------------------------------|----|---------|---------------|------|------------------|
| MUNIBE (Antropologia - Arkeologia) | 42 | 413-422 | SAN SEBASTIAN | 1990 | ISSN 0027 - 3414 |
|------------------------------------|----|---------|---------------|------|------------------|

Sobre algunas técnicas pesqueras tradicionales vascas

Apports on traditional fishing's techniques in Euskadi

PALABRAS CLAVE: Técnica pesquera, Medioevo, Edad moderna, Besugo, Merluza, «Peces de cuero», Congrios.

KEY WORDS: fishing techniques, Middel Ages, Modern Ages, Sea bream, Hake, Little sharks, Congers.

Jose M. MERINO*

RESUMEN

Hemos limitado nuestra atención al estudio de las pesquerías tradicionales modestas, realizadas con aparejos de anzuelo en las costas vascas y cantábricas.

Las primeras noticias que de ellas nos llegan remontan al siglo XII y XIV, haciendo referencia a las pescas de besugos y cazones, siendo la más antigua una procedente de 1272 que menciona las pesqueras de congrios en Bayona.

Recogemos información de los aparejos habitualmente usados para estas pescas, insistiendo en que, en un principio, se utilizaron sólamete aparejos de mano, y en que la aparición de los primeros palangres de gran fondo es mucho más reciente de lo que se había pensado.

Económicamente, tras la pesca del besugo y la merluza, se explotó la pesca de los entonces denominados «peces de cuero» (pequeños escualos) y, con una intensidad muy superior a la actual, gracias a su fácil conservación, la de los congrios. Se exponen los aparejos utilizados para la captura de estas especies y algunas características de las maniobras que realizaban nuestros pescadores, así como algunos modos de comercialización y conservación del pescado.

He intentado, a la vez, recoger cuantas voces vascas se refieren al tema, muchas de ellas fonéticamente, ya hace medio siglo, y sus variantes locales.

Asimismo las correspondientes voces castellanas.

LABURPENA

Kantauri eta Euskal Herriko kostaldeko hamu-aparejuz egindako ohizko arrantza xumeetara mugatu gara lan honetan.

Jaso ditugun lehen berriak XII eta XIII mendeetakoak dira, bixigu, eta tolla arrantzaren buruz, 1272 urtekoa, itsasaingiraren arrantza-ri dagokiona, zaharrena delarik. Arrantza hauetan erabili diren aparejue buruz bildu dugu informazioa, hasieran esku aparejuak besterik ez zirela erabili azpimarratuz, eta ur sakonetako tretza haundiak uste baino berriagoak direla baieztatuz.

Ekonomiaren aldetik, bixigu eta legatzaren arrantzaren ondore, eskualo txikien («larru arrainak») eta, kontserbaketa errazarengatik, itsasaingirarena izan ziren garrantzitsuenak.

Arrain espezie hauen harrapaketa erabili ohi diren aparejuak, gure arrantzaleek arrantza-moten ezaugarriak eta merkataritza eta kontserbaketa erakusten dira.

Gai honi dagozkion euskal hitzak, hauen herrialde aldaketak, batzuek mende erdi bat jadanik fonetikoki jasoak, biltzen saiatu naiz. Gaztelaniez dagozkien hitzak baita ere.

SUMMARY

We have limited our attention to the study of the traditional modest fisheries carried out with hook fishing tackle along the Basque and Cantabrian shore.

The first news about them we have goes back to the XIII and XIV centuries, referring to dogfish and sea bream fishing. The oldest one, dating from 1272, mentions the conger fisheries in Bayona.

We collect information about the tackle usually used for this fishing, stressing the fact at first only the hand tackle was used and that the appearance of the first great depth boluters is much more recent than we thought.

Economically after the sea bream and hake fishing was exploited the fishing of the «Leather fishes» (little sharks) and the conger fishing with an intensity much higher than at present, thanks to the fact that it keeps well.

We show the fishing tackle used to capture these species, some characteristics of the manoeuvres our fishermen carried out, and some ways of preservation and commercialization.

I have tried at the same time to collect all the basque words referring to the subject, many of them phonetically collected half a century ago, local variations and the corresponding spanish equivalents too.

* Sociedad de Ciencias Aranzadi y Sociedad de Oceanografía de Guipúzcoa. San Sebastián.

Hasta bien avanzado el siglo XV, y con la excepción del XVII en que pueden darse por finalizadas las grandes pescas terranoveñas y en aguas nórdicas, no se logran informaciones que aludan a técnicas de pesca litoral vasca y, salvo algunas citas literarias, siempre escasas, nada sabemos sobre las estratagemas y artilugios empleados por nuestros antepasados para abastecerse de los habitantes de la mar y los ríos, riqueza sin duda explotada desde tiempos prehistóricos como denuncia la abundancia de restos de peces hallados en la mayor parte de nuestros yacimientos.

Por otra parte, exigencias debidas al escaso espacio de que disponemos obligan a centrar el tema en algunas técnicas, elegidas por su extensión de uso, olvidando otras de gran valor económico. El criterio adoptado ha sido basar nuestra elección en la unidad o similitud técnica de ellas, separando las que utilizan aparejos o artes dispares. Las pescas oceánicas han sido examinadas en múltiples publicaciones a las que difícilmente pueden aportarse novedades, por lo que dirigimos al lector curioso hacia esas bien conocidas fuentes. Nosotros, aceptamos el tema que nos ha sugerido ARANZADI, nos limitaremos a recordar algunas pescas de anzuelo propias de los modestos «arrantzaleak» de nuestros puertos que, a diferencia de las de altura, no exigían tan fuertes inversiones económicas, aunque tampoco lograron salvar a los pescadores de su proverbial pobreza como las del bacalao y la ballena.

Insistimos en la extremada dificultad con que llamamos documentación antigua que ilumine nuestro trabajo. Las fuentes escritas más lejanas nos hablan de la constitución de las Cofradías de Mareantes antes del siglo XIV, de pleitos que surgieron entre ellas, de compras, ventas y naufragios de naves, de la comercialización de sus capturas y reparto de ganancias y gabelas, pero de las faenas de pesca de bajura, nada, o casi nada, aparece en letra escrita. Los pocos autores que se dedicaron, tanto en Francia como en España, y ya en tiempos modernos, al estudio de temas pesqueros (DUHAMEL DU MONCEAU, SAÑEZ REGUART, COSTE, etc.) ignoraron la lengua vasca, por lo que, aunque conocieron nuestro país y en ocasiones se refieren a algunas pescas locales, no gozaron de facilidad para comunicarse con nuestros pescadores, éstos sin duda poco letrados en las lenguas castellana y francesa, y así vemos que, o equivocan conceptos, o bien eluden ciertos temas, que sin embargo recogen en regiones vecinas como Cantabria y Bretaña (probablemente no muy diferentes a los nuestros), especialmente S. REGUART, que indudablemente visitó Bilbao, y que por el detalle con que relata ciertas escenas pesqueras tuvo que ser

testigo presencial de ellas, además de gran aficionado a practicarlas. Otro tanto sucede con DUHAMEL, que se afanó en conseguir información (especialmente sobre pesca fluvial) a través de científicos que conocían, al menos, las más nombradas de Iparralde.

Por otro lado la etnografía pesquera aparece desdénada por los investigadores vascos hasta tiempos muy recientes, salvo una minoría que, quizá por desconocimiento directo de las faenas pesqueras, ha dedicado sus esfuerzos al estudio documental de archivos, libros parroquiales y de las Cofradías, o que ha estudiado aspectos de la vida cotidiana en las poblaciones costeras sin profundizar en la descripción de los útiles para la pesca y su manejo, o refiriéndose a ellos con datos de segunda mano, a veces incompletos o poco correctos.

Una de las primeras citas que aluden a pescas cantábricas en escritos castellanos es la del besugo, a la que dedicaremos la mayor extensión del trabajo, pues parece que la reputación de la calidad de nuestros peces fué grande en la corte española desde muy antiguo, aunque económicamente estuviese superada por otras como las de la merluza, atunes, congrios, y los que denominaban «peces de cuero», que a diferencia de aquella no eran estacionales, sino que se capturaban a todo lo largo del año.

SAÑEZ, A. (1792) cita que el primer documento que menciona la captura del besugo en aguas cantábricas «pudiera estar en los Estatutos de Pescadores de San Vicente de la Barquera desde el tiempo de Doña Blanca», y así aporta un texto fechado en el mes de mayo de 1368 en el que se prohibía su pesca los domingos y días festivos, y además se reglamentaba que deberían observarse las señales de las «talayas», «además de que al arribar, todas las, embarcaciones debieran esperarse unas a otras, para socorrer a tiempo a cualquiera que zozobrase». Pero, si no antes, en tiempos próximos, el ARCHIPRESTE DE HITA, que nació en Alcalá de Henares hacia 1283 y falleció en Guadalajara hacia 1350, en su «Libro del buen Amor», al referirse a la batalla entre D. Carnal y Dña. Quaresma, dice así:

«quantos son en el mar venían al torneio

Arenques é vesugos venieron de Bermeo»

Y líneas antes cita la presencia entre sus huesos de otros habitantes de la mar haciendo nueva referencia al País Vasco cuando dice:

«De parte de Bayona venían muchos caçones» (ciertos escualos, o «peces de cuero»).

Hasta el siglo XIX los besugos se pescaron solamente con aparejos de mano o «a dedo, ya que los primeros palangres para su captura no aparecen citados sino bien entrado ese siglo, aunque desde mu-

chísimos siglos antes hubiesen sido conocidos palangres empleados para otras pescas, pero siempre en fondos someros. Parece que no se utilizaron debido a la profundidad grande en que discurre la vida de estos peces, lo que dificultaba sus calamentos.

En un principio se pescaban con los denominados en castellano «bolantines», y «kordelak» o «sabiak» en euskera, que eran aparejos de mano, fuertemente lastrados, de cuyo extremo pendían de una a cuatro punteras o «raynales», en euskera «txanpelak» (1), anzueladas y cebadas convenientemente (Fig. 1.). El lastre era habitualmente un canto rodado aplanado sujeto por medio de un cabo corto terminado en gaza (2), y más tarde se utilizó en su lugar el plomo, bien en forma de pera, bien de prisma, pero nunca perforado para dar paso a la línea, sino colgado de ésta con ayuda de una filástica.

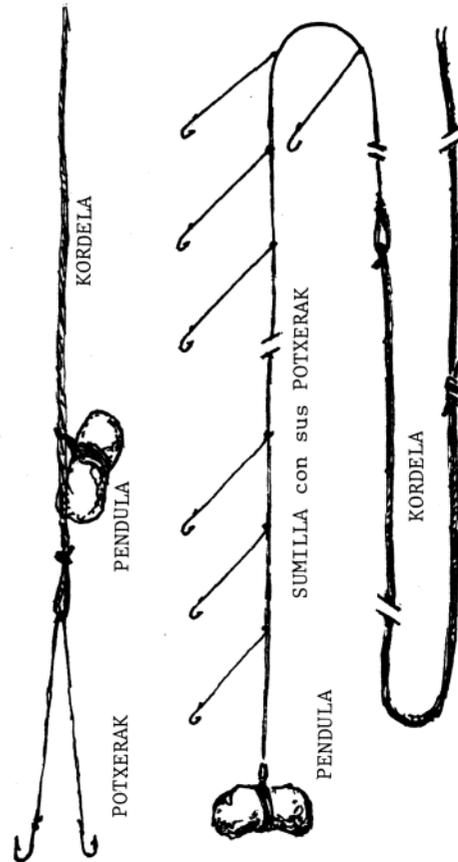
Más tarde se utilizó atravesado por la «sabia» o «kordela». Se pescaba con éstas alcanzando fondo y levantando el aparejo entre media y una braza.

Desde por lo menos mediados del s. XVII se utilizaba en las «sabiak» un curioso artilugio para atraer los besugos. En un principio consistía en un cono de tela de base abierta, unido a la línea por medio de una filástica corta a media braza por encima de la posición del lastre. El citado cono, que era denominado en las costas peninsulares con los nombres de «pirulo» o «pirulí» y en Euskadi —al menos desde el s. XVIII— con el de «galzetina», se acostumbraba rellenar con pescado salado triturado. Al caer el aparejo a fondo avanza el «pirulo» con el vértice abriendo camino, y cerrándose su base por la propia presión del agua, pero al detener su marcha se invierte y deja caer su contenido, que se expande sirviendo de cebo al pescado. Más tarde se empleó en su lugar una bolsa cerrada de red de malla relativamente ancha. Se procedía con ella de la misma forma, aunque para que liberase su contenido era necesario sacudir bruscamente la línea, y a cada tirón seguía una siembra de trozos de pescado picado. Su utilidad era mayor, ya que mientras el «pirulo» sólo cebaba una vez, éste último lo hacía repetidas veces y siempre según la decisión del pescador, que dependía de la ausencia de picadas.

Más tarde, sin abandonarse estos aparejos, se emplearon a la vez y con mayor frecuencia los «pa-

(1) «Txanpela»: Parece provenir de la voz castellana «chambel», que se aplica a los aparejos de líneas a mano y no a sus brazoladas. Esta, a su vez, parece tener origen árabe, habiendo perdurado hasta el pasado siglo para denominar los aparejos de mano con falsete en el lastre, para capturar el besugo, que denominaban «goraz» en las costas marroquíes, de Huelva y del Algarve portugués.

(2) «Gaza»: Asa u ojal que se hace en un cordel para anudar otro.



Bolantín Palangre vertical

Fig. 1.— Bolantín (izda.) y Palangre vertical (dcha.)

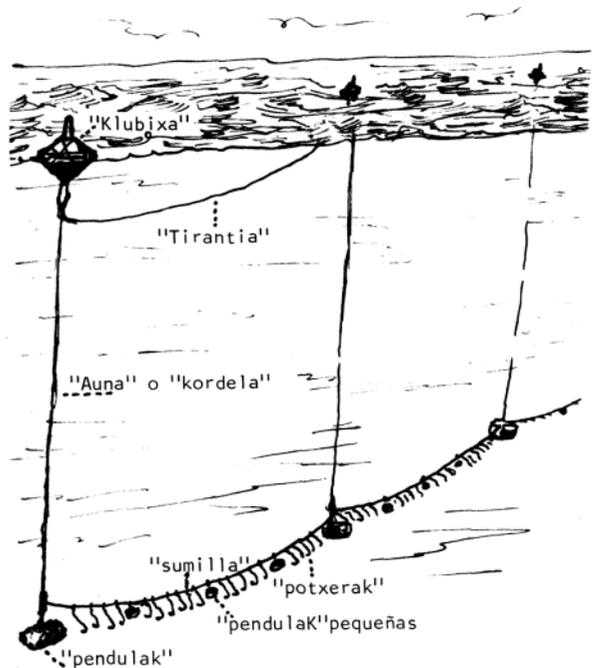


Fig. 2.— Palangre besugero

langres verticales» (en euskera «kordeletak» y «bixigu-kordeletak») o en Cantabria «cuerdas de besugo» (Fig.2.). Estas se reducían según S. REGUART «a unas piezas de cordel, que forman y tuercen en tiempo oportuno los mismos pescadores, a cuyo efecto les echan 18 hilos de lino, que es decir 3 cordones de a 6, con lo que se consideran mejores, y de mayor firmeza». «Cada pieza... tiene de largo por lo común 20 brazas; y para completar todo el aparejo, se arman, atando en ellas otros pedazos pequeños de cordel más delgado, como de 8 a 9 hilos de extensión de un gema (3) u 8 pulgadas, y afirmados, según la buena atadura o nudo a la distancia de una cuarta unos de otros; y al extremo de cada cordelillo se halla afianzado un anzuelo estañado de una y media pulgada escasa de caña ó asta con 6 ó más líneas (4) de seno; de esta manera cada Cuerda consta por lo común de 20 docenas de anzuelos, pues en cada braza colocan una docena». Esta descripción se limita a la parte anzuelada, pues a ella se anuda una larga línea de cáñamo de mayor mena, que en castellano llamaban sirga y en euskera «auna» o «kordela». A la descrita en castellano «madre», se la conoció y conoce en euskera con las denominaciones de «sumilla», «sunpilla» o «sunbilla», y a los cordelillos citados en castellano con los de «brazoladas» o «raynales», en euskera «potxerak» o «txistorrak». Los anzuelos solían construirse en los puertos del litoral a mano, con alambre «dulce» (más maleable que el «acerado» y menos que el «galvanizado») sobre bancos móviles denominados «astoak» o «amu-astoak». Más información sobre este tema puede hallarse en J.M. MERINO (1986).

Los cebos utilizados con mayor frecuencia eran trozos de sardinas cortados a lo ancho («ttanttuak»), frescas siempre que pudieran obtenerse, pero también saladas, y en algunos lugares la carne del muergo o navaja («laitoa») que recogían en los arenales de los estuarios amplios, aprovechando las bajamares vivas. Las extraían, bien vertiendo unos granos de «sal gorda» sobre uno de los dos orificios que forman en la superficie, y esperando que el molusco saliese de buen grado; bien por la fuerza, con un alambre largo con su extremidad final recogida en gancho estrecho que se introduce verticalmente en la arena, a poca distancia del citado orificio. Se gira media vuelta y se extrae arrastrando por delante la navaja. Estas se conservaban vivas varios días—hasta veinte según relata S. REGUART— rodeadas de algas húmedas, o envueltas en trapos mojados

(3) «Gema o Xeme»: Unidad de longitud castellana equivalente a medio pie, o un sexto de vara, igual a 139 mm.

(4) «línea»: Unidad, también de longitud, ya desusada como la anterior, que equivalía a un doceavo de pulgada. Aproximadamente 2 mm.

y más tarde en trozos de papel de periódico. También acostumbraban a salarlas, aunque éstas se pensaba eran peores como cebo. El mismo autor señala que cuando se agotaban éstos, accidente frecuente dada la voracidad de los besugos y la multitud de aparejos que utilizaban, echaban mano de carnes de vacuno, carnero o cualquier otro animal, aunque no era práctica habitual dado su alto precio, desproporcionado con el que alcanzaban los besugos en aquel tiempo. Así S. REGUART confirma que durante el s.XV el Gremio de Mareantes de San Vicente «se abstuvo de usarlas por esta misma razón».

La pesca con bolantines y cuerdas de besugo debió ser antiquísima, y el mismo autor reconoce ignorar su comienzo, y dice: «no tengo noticias de que jamás se hayan cogido besugos con red de ningún género, porque las distancias de tierra (se refiere obviamente a las redes de tiro y playa), y las profundidades en que regularmente aparecen semejantes peces no permiten acción alguna a los artes de malla» (esta profundidad impediría el uso de las redes de arrastre o «chaluts», desde antaño conocidas en aguas atlánticas).

Antes del siglo XIX el besugo se consumía tanto en fresco como en escabeche. El invento de esta última especialidad, dice S. REGUART, «es tradición... que se debe al discurso de unos mercaderes de Toledo, que estando en su comercio en San Vicente de la Barquera, deseosos de que llegase a su país el pescado en aptitud de poder servir al gusto del paladar sin corrupción y con buen sabor, premeditaron trasportarle conservado en vasijas de madera con el precautivo condimento de agua, sal, vinagre, trozos de limón y hojas de laurel. Esta noticia, aunque no salgo garante de ella, es muy verosímil sea fundada». Para COROMINAS la vez escabeche proviene del árabe, en el que aparece durante el s. XIV bajo la forma vulgar «iskebey», aunque la supone producto de aportación exterior. En cualquier caso es indudable que en la meseta castellana y Andalucía los escabeches eran conocidos para la conservación de aves, carnes y pescados, desde por lo menos 1525, año en que parece citada por primera vez tal voz en la literatura, e incluso se conoce una cita de que tal modo de conserva fue utilizado durante el s. XVIII para la preparación de ostras recogidas en aguas cantábricas.

Las tripulaciones besugueras, al menos desde de que conocemos la existencia de las Cofradías de Pescadores, se hacían agrupándose éstos en asociaciones que duraban, salvo casos excepcionales, toda la campaña, alrededor de un patrón («patroi»), que en Cantabria denominaban «compañía», dirigidas por un «maestre» o «patrón». El patrón proveía la embarcación y parte de los víveres, pero cada pes-

cador debía contribuir con dos aparejos bien conservados. El cebo era tarea del patrón, aunque no así la operación del cebado en las cuerdas. Este se hacía aprovechando las horas de la noche, apenas llegados a puerto, para lo que recababan la ayuda de sus mujeres e hijos. Cada pescador embarcaba aportando sus dos cuerdas, de las que una por lo menos debería estar cebada ya, y que adujaban cuidadosamente en un suerte de bandeja de madera, o «copa» (en euskera «kopaleta»), voz que se ha conservado hasta este mismo siglo y que parece de origen árabe, derivada de «qúffa», que COROMINAS señala aparece en el catalán hacia 1331 con la forma «cofa» para denominar una espuerta o recipiente. La «kopaleta» se transportaba en el interior de una cesta («otzara» u «otarra») mayor, junto a las pertenencias y víveres del pescador.

La pesca se realizaba casi exclusivamente durante los meses invernales, y con mayor intensidad desde noviembre a febrero, quizá porque, como indica S. REGUART: «conviene que esté el día claro con sol, y helada, viento suave, y mar llana, como que las más favorables circunstancias son el frío y el Norte para esta pesquería».

Señala que se pescaba en las «calas» y las sitúa entre 4 a 5 leguas de tierra, y con fondos variables entre 80 y 140 brazas o más, aunque en Euskadi se explotaron sin duda fondos más profundos.

La salida a la mar durante el s. XVII se realizaba tomando ciertas precauciones para evitar los peligros del oleaje y las barras, generalmente graves en épocas tan frías. Para ello una de las embarcaciones (entonces se utilizaban en nuestras costas las famosas «lanchas bizcaynas», de fuerte arrufo y origen nórdico, a las que luego siguieron las «txalupak» o «kalerak» que desaparecieron con la llegada de las calderas de vapor, bien entrado este siglo) debían portar en popa un fanal o linterna alumbrada, saliendo las demás a su zaga, para poder auxiliarse en caso necesario.

Una vez alcanzadas las «kaiak», que los pescadores conocían por marcaciones, observando los perfiles costeros, arriaban velas y ponían las embarcaciones proa al viento, aguantando la deriva con los remos, ya que no era conveniente fondearse pues los bancos de besugos se desplazan habitualmente y con ello comprometerían sus capturas. El calado de los aparejos, en tan grandes profundidades y con intensas corrientes, obligaba a seguir un cierto orden. No tenemos noticia sobre cómo lo hacían los Vascos, pero sí de sus vecinos Cántabros, cuyas formas de pesca diferían poco, según S. REGUART. El primero que largaba su aparejo era el Maestre, que lo hacía desde popa, seguido por el pescador situa-

do en medio, en la banda de barlovento, sentado junto a la carlinga (5), y el tercer aparejo lo largaba el proel. Primero dejaban caer el lastre de piedra al que seguía la «sumilla» con sus «potxerak» anzueladas. Una vez ésta en el agua, se la sujetaba, por intermedio de una gaza o asa, una serie de cordeles («sokalak» o «sokaliak») anudados uno a otro hasta formar un aparejo de 200 ó más brazas. Las piedras variaban de peso entre dos y tres libras, para mejor mantener desplegados los aparejos y a la vez alcanzar fondo con prontitud. Una vez caladas estas tres cuerdas, que en Cantabria denominaban «chinchorros», siguen lanzando las suyas el resto de pescadores, comenzando siempre por los situados a popa, pero cuidando que hasta que uno de ellos finalice el calamento del suyo, no lo haga el siguiente, con lo que se evitaban trabas. Una vez en el agua los de barlovento, que coincide con la banda de estribor, lo hacen los de babor con el mismo orden. Para evitar que los aparejos caigan uno sobre el otro o se acerquen peligrosamente, cosa fácil dada la fuerte deriva y su gran longitud, gradúan antes el peso de las piedras (más tarde de los plomos) de modo que desde el centro de la carlinga hacia proa sea su peso menor, lo que hace se abran y se separen las cuerdas en abanico.

Si en un plazo prudente no sienten picadas el Patrón ordena tomar un poco el costado de barlovento para explorar otros caladeros. Cuando encuentran una buena cala, lo que es señalado por la frecuencia de repetidas picadas («boladak»), el primero que advierte una de ellas avisaba a sus compañeros, lo que habitualmente se hacía en Cantabria diciendo en voz alta: «Alabado sea Dios».

Cada pescador, a medida que nota las picadas, alarga su aparejo en una o dos brazas de cuerda, y en cuanto cesaban aquellas decía: «Que me paró. ¿Si me halaré?». Si los demás compañeros creen no existe riesgo de enredo le aprueban lo ejecute, pero en otro caso el pescador debe permanecer quieto hasta que los demás halen sus aparejos una vez que tuvieron bastantes picadas. Así, recogen los aparejos con ambas manos, «en maraña» (así denominaban a las vueltas de cordel que recibían con la mano izquierda según lo halaban con la derecha). Una vez que llega al alcance de la mano la «sumilla» con sus anzuelos, toma la cuerda con la mano derecha y libra con los dientes la lazada que la sujetaba al cordel, y dejando la «maraña» a un lado, con lo que quedan libres ambas manos para recobrar la «sumilla», la van colocando sobre el propio bancal, de manera que los pescados queden colgando, unos a un lado

(5) «Carlinga»: Estructura de madera dentro de la que se recibía el palo mayor.

y otros al opuesto, equilibrados. Así, aproximadamente, lo narra S. REGUART.

De inmediato se procede a una segunda calada sin más que enlazar el cabo libre de la «maraña» a la segunda «sumilla» ya cebada, que conservaban de respeto, y la dejaban caer a fondo. Entonces ahorcaban, es decir, daban una vuelta de amarre al cordel sobre el «toletia» o escalamo de su remo y, otra vez con sus manos libres, se dedicaban a desanzuelar los peces de la primera «sumilla» y conservarlos en una «otarra» que llevan dispuesta para el caso a un lado.

Los besugos se comercializaban al arribar a puerto, vendiéndose por docenas según costumbre, pero curiosamente estas «docenas» contaban catorce piezas.

A esta pesquera siguió otra a principios del s. XIX que perduró hasta bien avanzado el actual. Fué facilitada grandemente por la confección mecánica de los cordajes de cáñamo, mucho más baratos que los antiguos de lino. La materia prima empleada era la fibra de cáñamo, de primera calidad, retorcida en cabos y posteriormente blanqueada. En euskera recibió diversas denominaciones: «txanpel» o «txanbel» en Mutriku, «potxeri» en Vizcaya, «potxera» en el resto de Guipúzcoa para las cuerdas relativamente finas que se vendían en ovillos. «Subil». «subilla», «sumilla» «supilla» (y también «sunbilla») para las de calibre algo mayor, que se vendían en madejas. «Briñak» «maimenak» y «sokaliak» eran de mayor grosor. Hasta 1968 existieron cordeleros en Hondarribi, Mutriku, Ondarru, Bermio y Lekeitio (aún hoy trabaja uno en éste). Antes fué profesión muy extendida en los puertos vascos, habiendo perdurado un artesano en Donostia hasta los años de la guerra civil, con un taller situado sobre la margen izquierda del Urumea, frente al parque del Duque de Mandas.

Al contrario de los cordeles utilizados en pescas a la cacea («kazan» o «kaxan») o en palangres de roca («aingirako-kordak»), no se acostumbraban a teñir con taninos, sino que se utilizaban «en blanco», siendo reputados así «más pescadores» incluso entre los pescadores del Mediterráneo.

Esta pesquera se realizaba con los «palangres besugeros» o «bixigu-tretzak» (Fig. 2.), guarnecidos con varios centenares de anzuelos en cada pieza (240 en Mutriku y Ondarru habitualmente), de las que se unían habitualmente dos al lanzarlos. Sus anzuelos más antiguos fueron de seno redondo y plano, y sólo a principios de este siglo aparecieron con su seno asimétrico, con mayor radio hacia el tallo o caña, y su punta desviada del plano horizontal («amu-lapurrak» o «anzuelos con ventaja»). Sus di-

mensiones aproximadas eran 35 mm. de largo por 15 mm. de seno y 1.4 mm. de calibre.

El aparejo trabajaba así: dos piezas de «sumilla» eran tendidas sobre el fondo y sujetas a sus correspondientes cables de fondeo, «kordelak», «sokalak», «agunak» o «unamiak». Estos, también de cáñamo, eran de mena más gruesa que la «sumilla», y terminaban en el fondo sujetos a pesados lastres, «arri-aztak» o «pendulak», piedras planas armadas con una atadura de cable viejo que terminaba en una gaza. La «kordela» subía hasta la superficie donde era cazada a un flotador especial, en forma de peonza (antes se utilizaron formados por trozos cuadrados de corcho, atravesados por una vara larga de avellano), la «klubixa» o «klubixa», fabricada con zinc u hojalata.

Debía disponerse a bordo de una buena cantidad de ellas, y cada una iba numerada según la cantidad de «kordela» que cargaba, y que variaba (BARRANDIARAN F. 87-93), ya que los fondos también lo hacían, lo que exigía adaptar la correspondiente longitud de «soka». Según este autor, tres hombres se dedicaban al lanzamiento de las «kulixak» (así la denomina) desde la banda de estribor, mientras desde popa, y hasta babor, otro lanzaba la «sumilla». Otros varios llevaban en «otarrak» los aparejos necesarios, que unirán a su debido tiempo. La «sumilla» se arrojaba al agua describiendo el pescador con su brazo «un cuarto de círculo... Este movimiento... tenía por objeto que no se trabaran los anzuelos» (id. cit.). A la vez se procedía a lanzar al agua el «tirantia» que unía entre sí las «klubixak», sin cesar la boga lenta y a la orden siempre del patrón. La utilidad del «tirantia» era doble: por un lado ayudar, tirando de él, a caer sobre la siguiente «klubixa», que en mares movidos era poco visible a pesar de los chillones colores con que las adornaban y que señalaban además la propiedad del aparejo. También servía para rescatar el aparejo cuando por el excesivo peso de los peces capturados se hundía, y reventaba por la presión de las aguas yendo inmediatamente a pique. Siguiendo el «tirantia» se lograba rescatar con facilidad la averiada y con ella el resto de la «tretza».

Las «tretzak» se emplazaban en los «kantillak», como se han denominado siempre los límites entre zonas de fondo poco inclinado y otras con fuerte caída hacia la zona abisal de las fosas. Previamente el pescador sondeaba el lugar con ayuda de un pesado lastre de piedra colgado en el extremo de una larga «soka» que mostraba marcas (nudos) cada 20 brazas, denominado «arri-sonda», hasta alcanzar fondos firmes de más de 150 brazas. Los anzuelos se cebaban con anchoillas («txitxinak») frescas o en salazón, «abixoiak» o «sin sangres» (*Atherina boyeri*

RISS), y más veces con trozos («pelengak») de «pot-takarrak» o «agujas» (*Scombrexos saurus*, WALB) cortados a su largo. Cada cierta distancia, durante el posado de la «sumilla», la ataban piedras de media libra envueltas en trozos de trapo o red vieja, para retenerla mejor sobre el fondo. Una vez lanzada la primera pieza se hacía lo mismo con la segunda, y así se proseguía haciendo «andanak» o «andarak» de múltiples aparejos, y tras cada dos de ellos se aplicaba un nuevo lastre con su correspondiente «kordela» y «klubixa». Se aguardaba durante unas cuantas horas pacientemente y se daba comienzo al halado a mano del aparejo («izatu», según recoge BARANDIARAN IRIZAR) comenzando por la primera «klubixa» que se lanzó, siguiendo toda la maniobra a remo.

Cada embarcación solía portar entre 20 y 30 tripulantes, y muchas de ellas acostumbraban remolcar lanchas («sagakuak») parecidas a pequeñas traineras, a las que saltaban parte de las tripulaciones, ya en la «kala», para lanzar cada una de ellas sus propios aparejos. BARANDIARAN IRIZAR refiere que los ondarreses solían llegar a Pasajes en «txalupa-aundiak» con 14 hombres de tripulación, acompañados de mujeres y niños pequeños. «Como la embarcación... daba trabajo como a unos 22 hombres, eran pescadores de San Juan...» quienes ocupaban los puestos necesarios, y no pocos labradores dejaban temporalmente sus trabajos. Pescaban, según el autor, en las calas de «Playazu», «Kantillak», «Gaztelu», «Laxkate» y «Exkota», hoy en perpetuo litigio con los franceses.

La navegación hacia las «kalas» solía hacerse a vela, salvo en calmas chichas, para lo que aprovechaban con ventaja los vientos «terrales» que durante las noches soplan en dirección S-N, más intensos frente a las desembocaduras de las rías, y eligiendo los más favorables para alcanzar los lugares en que habían decidido faenar. Otras veces, pocas para su desgracia, eran remolcados hasta ellos por pequeños mercantes. La vuelta se hacía a vela o remo, ya a la luz del día.

Las merluzas se capturaban antaño como los besugos, con aparejos similares a los bolantines, elaborados con gruesos cabos de lino y más tarde con cuerdas de cáñamo, que en tiempos relativamente modernos acostumbraban a embrear para que resistiesen la erosión y descolche producidos por el roce con la regala. En Euskadi no se conocieron los palangres de fondo usados en Galicia y denominados «Pedra-bola» o «Palangre de combas», ni los «Pinchos gallegos» (estos últimos empleados en fondos menores). Ambos cargaban lastres formados con piedras envueltas en telas que hundían la línea ma-

dre, y flotadores (generalmente calabazas huecas) intercalados, para lograr capturar tanto especies demersales como de media agua y pelágicas al trazar el aparejo curvas de amplio radio que descendían muchas brazas. Sólo hace pocos años han aparecido en nuestras aguas los citados «pinchos», que son una evolución del primero y que utilizan materiales sintéticos de menor coste y cuidados de conservación.

Una razón de su desconocimiento anterior pudo ser la profundidad de nuestros «kantillak», superior a los gallegos, y que la merluza aparece en nuestras aguas en fondos menos someros que en las gallegas, lo que hubiese obligado a emplear aparejos de mucha mayor longitud y de difícil manejo a mano, aunque ciertamente las merluzas ascienden durante la noche hasta pocas brazas de la superficie, especialmente en verano, época en que no trabajaban nuestros pescadores en su captura.

La única diferencia de esta pesca con la del besugo estaba en las dimensiones de los anzuelos (60 mm. de largo, por 25 mm. de ancho y 2.7 mm. de calibre), y en que su montura en las «kordelas», que a veces era doble, al menos a principios de este siglo, lo armaba un anzuelo como el citado y, colgando de su seno, otro menor guarnecido con una gaza (Fig. 3), quedando uno sobre el otro y cebando generalmente ambos con trozos alargados de jibia o pota y anchoas o sardinas, pulpos o muergos. La pesca solía variar en profundidad, según la estación; siempre mayor en los meses fríos que en el estío. Los lastres, primero de piedra, se construyeron luego de plomo, pero nunca atravesados por la línea, como actualmente, sino pendientes de un corto cabo



Fig. 3.— Montura doble para «kordela» de merluzas

a muy poca distancia del nacimiento de la puntera única o doble de que constaban. Su línea superaba las 200 brazas y se trabajaba con ella a mano, guardando una distancia del fondo de media a una braza.

Las merluzas capturadas durante el estío gozaban de muy mala reputación, y se decía no se conservaban bien, siendo peor remuneradas, por lo que en Euskadi su pesca se hacía tradicionalmente a partir de noviembre y hasta abril o mayo. S. REGUART cita que en Asturias pescaban merluzas, hace más de dos siglos, calando entre 20 y 80 brazas con aparejos armados con un solo anzuelo, y que una embarcación en día propicio «puede pescar entre 500, 700 y más merluzas... pero para esto es necesario que lleve una red sardinera que llaman Alvareque, por razón de tener a mano abundancia de cebo; pues calándola por popa, se logra coger con ella la sardina, la cual se aplica a los anzuelos de los cordeles de los pescadores, que los calan por proa y por los costados». Tampoco esta pesca fué empleada por los Vascos, a pesar de que el alvareque no era sino nuestra «mailako saria» o «trigukoa» (red de enmalle pelágica) que aquí ha perdurado para la pesca de engrauílidos y clupeidos hasta hace unos 50 años. Otra pesca gallega, aquí no utilizada hasta ahora, era la de «volantas» o redes de 15 a 20 brazas de largo por 3 de colgadura, que eran una suerte de soltas de mallas anchas que trabajan a media agua o caladas a fondo.

En Euskadi se hacía gran consumo de merluzas en fresco, pero también se comercializaban saladas. Un documento citado por REIZABAL (1987) habla de la escasez de pesca denunciada en nuestras costas y a la vez proporciona datos de interés referentes a merluzas y besugos. Se trata de una información solicitada por el rey al Corregidor Gonzalez del Castillo 1599, demandándole datos sobre dicha pobreza de pesca. Esteban de Ezpeleta, pescador y vecino del Pasaje de Fuenterrabía (Pasajes de San Juan) la contesta así: «... y en dichos puertos de mar... se pescan todo el año merluzas, y más cantidad en los meses de enero, febrero e marzo, hasta mediados de abril... y que la pesquería se hace... con cordel en alta mar yendo en los dichos barcos.. y en cada barco van... de diez a quince personas, pero que en habiendo más personas se hace mejor la pesquería..que los pescados... los venden a arrieros y personas particulares.. E todo lo mas lo venden en fresco eceto los besugos que se hace escabeche de ellos e lleban tierra adentro y se lleba a Pamplona, Burgos, Valladolid, Medina del Campo y otras partes...». No nos debe extrañar la línea comercial Burgos-Medina del Campo pues era lógica dentro del intenso tráfico de lanas que de sus ferias venían a Pasajes, y a su vuelta los citados se llevaban el pescado

y otros «peces de cuero» que allí tenían gran aceptación en el mercado. Así sucedía con las mielgas, que los pescadores capturaban también con línea de mano y secaban... por el mes de febrero e marzo e los llevaban a vender... y lo suso dicho hacen quitando las tripas e poniendo al aire sin otra cosa...».

MARTINEZ DE ISASI, L. (1850) dice que «antiguamente solían acudir marineros de esta costa de Guipúzcoa a Irlanda con navíos pequeños a la pesquería de la merluza, salmones y arenques...» lo que parece extraño en pleno s. XV ó XVI, dada la relativa abundancia de la primera especie en las cercanías de sus costas, o en las más occidentales, aunque no existe duda de que los marinos vascos se alejaban peligrosamente de tierra y explotaban caladeros distantes en persecución especialmente de arenques y bacalaos para lo que ascendían hacia aguas del Norte.

Los congrios se pescaban con palangres (las «aingirako-kordak») de fondo, que posaban en los veriles rocosos donde estos peces se refugian, pero también con bolantines cebados con «txitxarroak» o «boak» que obligatoriamente debían tener sus pernales reforzados en unos 10 cm. de longitud, forrados con hilo de lino grueso o «gazaria» hasta cubrir la pala del anzuelo y parte de la caña, defendiéndolo así de la fuerte boca de estos peces. El congrio parece fuese especie muy perseguida durante el Medievo en todas las costas occidentales de Europa, y así se conoce un Acta del Arzobispo de Compostela, fechada en 1133, que fija el precio de los congrios de acuerdo con su longitud y nada barato. Se conservaban salados, como las merluzas, existiendo secaderos en algunas playas francesas, y se pescaban durante los meses en que escaseaban merluzas y besugos, es decir, en primavera y verano. El congrio seco fué objeto de intenso comercio, sobre todo por los mercaderes de Bayona que poseían el derecho de pescarlos desde sus propias naves y bajar a secarlos sobre las playas pedregosas de Bretaña. Pero parece que este derecho no fué utilizado durante algún tiempo, porque, de nuevo en una carta del Duque de Bretaña Juan IV, fechada en 1272, se restablece para los bayoneses el disfrute de dichos secaderos situados en Saint-Mathieu, en la entrada de la rada de Brest. Muchos monasterios y señores gozaron derechos sobre tales secaderos durante la Edad Media, lo que les procuraba pingües beneficios, pues se obligaba a los pescadores a usarlos desde el primero de mayo a la fiesta de San Miguel. Así, los pescadores de Morlaix se veían en el deber de pescar congrios durante cierto número de días al año y llevar las capturas a los secaderos de su señor bajo penas de multa; recibían a cambio 16

denarios por congrio, y además cuatro medidas de vino por centenar (DUHAMEL DU MONCEAU, 1769).

La pesca de congrios con otros artilugios, como las nasas, nunca se realizó en nuestras aguas, lo que se justifica, pues las citadas grandes nasas trabajaban a fondo, fijas, necesitando aguas mansas para no ser arrastradas por las corrientes y el oleaje, lo que difícilmente ocurriría en nuestros fondos con cestones de juncos relativamente frágiles y muy cerrados de malla.

En cuanto a los «peces de cuero», entre los que comprendían rayas y escualos, sólomente los cazones («tollak», «katu-arrainak» o *Mustelus asterias* CLOQU.) y milandros (*Galeorhinus galeus*, LIN), la mielga («melka», que en realidad denomina a dos especies parecidas: *Squalos acanthias*, LINN y *S. fernandinus*, MOL.) y el colayo («pinpinua» o «itxugia», *Galeus melanostomus* RAFF), se conservaban salados, o secos al aire colgados en tenderetes en las calles de nuestros puertos. Su pesca se hacía con bolantines o con palangres de fondo, no lejos de la costa. Las rayas («zerrak», «arrain-zabalak», «gastakak», etc.) eran menos apreciadas, así como los angelotes o «aingeru-guardakoak» (*Squatina squatina* LINN), éstos muy solicitados por los pescadores, y mucho más por los habitantes de tierras caltananas.

La conservación de «pinpinuak» se hacía hendiendo el pez a lo largo del dorso, al revés de como se hacía con los bacalao y, una vez bien abierto, eventrado y sin la espina dorsal, se abandonaba al aire, teniendo la precaución previa de extender bien su cuerpo gracias a trozos de caña o palos apuntados que se colocaban atravesados a lo ancho del pez (Foto 1.). Para cocinarlos se acostumbraba remojar sus trozos unas horas, y luego se cocían, generalmente con patatas y aceite, siendo plato muy apreciado entre gentes de mar, hoy casi olvidado.



Foto 1.— Secadero de «pinpinuak» en Hondarribi a primeros de siglo.



Foto 2.— Cebando «tretzak» en Lekeitio, a fines del siglo pasado.

Los pequeños palangres, o «garbiako-tretzak», fueron muy conocidos y utilizados en aguas someras y fondos limpios de rocas de menos de 25 brazas, pero también en zonas de playas y roquedo inundables durante la pleamar, para lo que se fijaban a estacas clavadas en el fondo. No tuvieron valor económico y las especies que capturaban se destinaban al consumo en los mercados locales. Se elaboraban con materiales baratos y anzuelos de poca talla, y trabajaban con ellos principalmente los pescadores entrados en años (Foto 2).

Hemos olvidado otras pescas de anzuelo tradicionales, como la del atún, las caballas o «berdelak» y «makaelak». De la primera se ha escrito mucho y es de todos conocidas su captura a la cacea («kazan») con cebos artificiales, las denominabas «malutak» o «kalokak», elaboradas montando sobre gruesos anzuelos cerdas de cola de caballo, o trozos de lanas, plumas o telas de colores, y más tarde perfolas de maíz peinadas, que aún se conserva sin grandes cambios y de la que en mi obra de 1986 me ocupé con suficiente detalle. Lo mismo puedo indicar sobre las anteriormente citadas. Con ello creo poder abandonar el tema, que si no novedoso, puede resultar de algún interés por recoger aspectos poco divulgados en nuestras antiguas pesqueras.

BIBLIOGRAFIA

ARCIPRESTE DE HITA

1942 *Libro del Buen Amor*. 1389?, p. 129. 2a. Col. Austral.

BARANDIARAN IRIZAR, F.

1982 *La Comunidad de pescadores de bajura de Pasajes de San Juan (Ayer y hoy)*. Lit. Danona. Oyarzun.

COROMINAS, J.

1961 *Breve Dicc. Etimol. de la Lengua Cast.*. Ed. Gredos. Madrid.

COSTE, M.

1861 *Voyage d'exploration sur le littoral de la France et de l'Italie*. 2a Ed. Impr. Imperiale. París.

DUHAMEL DU MONCEAU

Traité Général des pesches et histoire des poissons etc., 1769-1777. París.

MARTINEZ DE ISASTI, L.

1850 *Compendio Historial de Guipúzcoa*. (Copia del orig.) Imp. Baroja. San Sebastián.

MERINO, J.M.

1986 *La Pesca desde la Prehistoria hasta nuestros días*. Serv. Central de Public. del Gobierno Vasco. Vitoria.

REIZABAL, G.

1987 *Pasajes, un puerto y una historia*. Junta del Puerto de Pasajes.

SANEZ REGUART, A.

1972 *Diccionario Histórico de los Artes de Pesca Nacional*. Madrid.